



Pentecostés

(basada en Hechos 2,1-4; 38-39)

Los amigos y amigas de Jesús estaban en Jerusalén. Jesús les había dicho que fueran allí y esperaran a que llegara el Espíritu Santo. Todos los días se reunían para orar. Se preguntaban cuánto tiempo tendrían que esperar. ¿Cuándo vendría el Espíritu?

En el día de Pentecostés, todos los discípulos de Jesús se reunieron como de costumbre. De repente, hubo un sonido del cielo como un poderoso viento. El edificio se llenó con ese sonido. Los discípulos abrieron los ojos, asombrados. ¿Que estaba pasando?

Entonces lo que esperaban sucedió. Pequeñas llamas comenzaron a girar alrededor de los discípulos y de las otras personas que estaban allí y tocaron a cada persona en la habitación. ¡Era el Espíritu Santo! Todo el mundo comenzó a hablar en diferentes idiomas, como el Espíritu les ayudaba a hablar.

Había mucha gente en Jerusalén. Había gente de países lejanos que visitaba la ciudad para celebrar Pentecostés. Al escuchar el ruido del viento, una gran multitud se reunió. Cada persona escuchó a quienes seguían a Jesús hablar en su propio idioma. Ellos y ellas escucharon las buenas nuevas sobre las grandes cosas que Dios había hecho.

Fue entonces cuando Pedro se levantó y comenzó a hablar.

«Vuelvan a Dios», exclamó Pedro. «Bautícense en el nombre de Jesús. El amor de Dios vendrá sobre ustedes y recibirán también el Espíritu Santo. Esta promesa es para ustedes y para sus hijos e hijas. El amor de Dios es para todas las personas en todas partes».

El Espíritu Santo sopló entre la multitud ese día y muchas personas se convirtieron en seguidoras de Jesús. Las personas regresaron a sus hogares en tierras lejanas. Ellas estaban llenas del Espíritu Santo, lo que les ayudó a vivir de la manera en que Jesús vivió. No podían dejar de hablar de las grandes cosas que Dios había hecho. Y así, el mensaje de Jesús comenzó a extenderse por todas partes.



Pentecostés

(basada en Hechos 2,1-4; 38-39)

Esta semana, utiliza una o más actividades de cada sección para descubrir la gracia y la gratitud junto a tu familia.

Reconocemos la gracia de Dios

- Lee y disfruta de la historia con tus hijos e hijas—usen su imaginación y hagan preguntas.
- No vemos el viento, pero vemos sus efectos. Tomen plastilina y hagan cuerdas largas con ella. Coloquen las cuerdas sobre una mesa u otra superficie plana. Coloquen las cuerdas en forma de espiral, dejando un espacio de aproximadamente 1 ½" entre los espirales. Usen una pajita, pajilla, popote o sorbeto para soplar una pelota de tenis de mesa en el centro del espiral.
- Encuentren las llamas en el sello de la Iglesia Presbiteriana (EEUU).



Respondemos a la gracia de Dios

- El color usado en el Pentecostés es el rojo. Usen algo rojo cada día. Si alguien comenta algo de su ropa roja, cuéntenles acerca de Pentecostés.
- Vuelen cometas en el parque. ¡Disfruten del viento!
- Habla con tus hijos e hijas sobre un momento en el que sentiste el llamado del Espíritu Santo para servir de alguna manera, y cómo respondiste.

Celebramos en gratitud

- Busca una receta casera para hacer pintura para jugar en la bañera. Hagan pintura roja, naranja y amarilla para que tus hijos e hijas puedan hacer llamas de Pentecostés en la tina o el fregadero.
- Compra un paquete de velas de las que son difíciles de apagar. Hagan y decoren magdalenas (cupcakes). Traten de soplar las velas. Cuando se vuelvan a encender, hablen del don perdurable del Espíritu Santo.
- Hagan esta oración o una similar:

*Dios, gracias por el don del Espíritu Santo.
Mantén nuestros corazones y mentes abiertas
a la dirección del Espíritu. Amén.*